

Julio Panceira

La Casa del Descanso

AL volver de Samay Huasi, todavía bajo la impresión de su fuerza evocadora, me puse a cavilar sobre lo útil que es para el conocimiento integral de las figuras preclaras visitar los lugares donde pasaron sus mejores momentos, ver todo cuanto ellos vieron —los elementos de su vivienda y sus habituales panoramas— y gozar también de sus mismas satisfacciones espirituales.

Y con esto del recuerdo vivo y de la sugestión que nace de las cosas viejas significativas, seguí pensando en lo poco que generalmente se estiman y se frecuentan, en nuestro medio y en nuestro tiempo, los sitios que unen nuestro momento con un fecundo pasado nacional.

Y otra vez aquello del viejo antagonismo entre los valores permanentes de las tradiciones y ese impulso que pretende construir una cultura en el aire, desarraigada, sin compromisos seculares y sin planes hacia un preciso futuro.

Se ha dicho muchas veces que vivimos una época conmovida por impulsos renovadores, no sólo en nuestro país ado-

lescente, sino aún en los maduros, aquellos que han fundido una cultura en el crisol de largos siglos de existencia.

Y en todos los tiempos, será una fuente inagotable de reflexiones, considerar los flujos y reflujos de tendencias que por momentos llamen sumisamente el tesoro de las tradiciones espirituales, por momentos, las desconocen, o, más aún, las aborrecen.

“Es que todavía entre nosotros —dijo Alfredo Palacios— no ha surgido la conciencia colectiva, ni el sentido moral de los valores. Considero que es deber del Estado proteger y custodiar a los que representan a nuestros valores espirituales, como el tesoro viviente de la Nación. Sólo así se sentirán defendidos de la indiferencia pública y contra la beocia del ambiente.”

Y sobre estos principios proyectó la ley nacional n.º 12674, que creó en la finca de “Samay Huasi” la *Casa del Reposo* para escritores y artistas, y aseguró la conservación de uno de los más autén-

ticos bienes de Joaquín González, poniéndolo bajo la protección del Estado.

Los fundamentos del proyecto de la ley Palacios condensan una emocionante admiración por la gigantesca talla del Maestro y por su policroísmo espiritual, que tanto se solazaba en dejar volar una verdad de sentido cósmico bebida en la filosofía oriental, como proyectaba normas para regular la conducta ciudadana, en la sabia previsión de las leyes que proyectó.

“Con el afán laborioso de la abeja, ha labrado González su panal incorruptible.” Y había que conservar ese panal y protegerlo de los roces incomprensivos del tiempo o contra la desaprensión de quien sabe que ocupante posterior.

Las intenciones son concretas. En el artículo 5º de la Ley se ordena: “Autorízase al Poder Ejecutivo a invertir en la reparación del edificio, construcción de nuevas dependencias e instalaciones necesarias, *que no alteren su carácter primitivo...*”

El puntualizar concretamente la ley esta exigencia, podría resultar pueril, pues un buen sentido elemental de consideración a la personalidad de González y la sensibilidad exigible a los funcionarios de la Universidad para tratar los efectos que son testimonio vivo de su gran amor a la cultura y a su tierra natal, presupondrían tácitamente la obligación de un celoso respeto. No obstante, hechos posteriores en las distintas alternativas por las que pasó el gobierno de Samay Huasi, han demostrado que la expresión de esa exigencia de tan clara lógica era necesaria y estaba fundada en la experiencia de otros casos de defraudación similares.

Es muy fácil sintetizar las obligaciones impuestas por la frase: *que no alteren su valor primitivo*:

- a) Fidelidad al estilo provinciano de la época en la reparación —verdaderas restauraciones— y en las construcciones.
- b) Fidelidad al planteo que hizo González respecto de los espacios verdes interiores (avenidas florales y de sombra, canteros, huerta) y a la disposición de sus monumentos evocativos (avenida de los Siete Sabios, Anfiteatro griego, Tribuna de Demóstenes, Piscina de Menfis, etc.).
- c) Fidelidad de estilo en el agregado de detalles de uso práctico o de adorno, cuyo material debe ser extraído del ambiente riojano (piedras, bancos de troncos de jacarandá, tinajones de inspiración colonial o indígena, etc.).
- ch) Fidelidad al espíritu de que impregnó a la finca el Maestro —y esto es lo más difícil— disponiendo todo el conjunto para lograr se goce en ella la inefable serenidad del reposo, con entero desprecio por la posibilidad lucrativa de su explotación.

* *

- a) *Fidelidad al estilo provinciano de la época.*

La irresistible tentación de innovar, para seguir las líneas de la construcción moderna, ha puesto muchas veces en peligro “su valor primitivo”. Es una rara habilidad la de fundir anacronismos para lograr funcionalidad moderna sin destruir la esencia añosa, por lo cual es preferible ajustarse a la fidelidad absoluta. En algún momento se pensó cambiar las ventanas por vidrieras modernas, pero por fortuna dominó el buen sentido.

Las arañas del comedor se remplazaron por esas que vulgarizaron los escapa-

CARNET DE VIAJE

rates, de pantalluelas multicolores y varillas cromadas; hoy lucen otra vez las de forja.

b) *Fidelidad al planteo de González respecto de los espacios verdes y de los monumentos.*

Las avenidas interiores se han restituido: la avenida blanca, con plantas que dan flores de ese color; la avenida de los rosales; el jardín de la casona habitación; las avenidas de parrales, con muchas cepas añosas, algunas del tiempo de González. Pero, es claro, cuando la finca se tomó con sentido lucrativo muchas fueron remplazadas, porque ya no producían en medida codiciosa.

Uno de los rosales que plantó González se fue defendiendo de las administraciones y aunque da en cantidad grandes flores de color rosado, en un momento estuvo a punto de ser arrancado y se salvó por un milagro de oportunidad.

A pocos metros del rosal, hemos visto desaparecer un laurel corpulento en un sitio donde solía instalar su sillón González para elevarse con sus lecturas y meditaciones a la vista del distante Velasco.

El ambiente que enmarca los monumentos se ha conservado. La avenida de los Siete Sabios aparece como en las viejas fotografías y pinturas. La Tribuna de Demóstenes ha perdido sin duda grandiosidad al tomarse como base del enorme monumento de Sforza, que pudo emplazarse a media ladera o en la cumbre del cerro San Miguel.

La Piscina de Menfis ha sido restaurada felizmente.

El Anfiteatro griego también sufrió las alternativas de la incompreensión, pues el semicírculo que forma el ideal escenario, fue avasallado por el avance desmedido de la práctica huerta: se plantaron vides para vender más racimos a las bovedas y hasta se llegó a instalar una

cancha de tenis. Luego, el proscenio fue despejado y hoy luce con pureza primitiva, como en la visión de González.

c) *Fidelidad de estilo en el agregado de detalles de uso práctico u ornamental.*

Afortunadamente, se ha respetado en este orden la fidelidad. Tinajones; piedras en bordura de canteros, alguna que otra con pictografías (una auténtica y otras simuladas); bancos de troncos en el patio que inicia la avenida de los rosales, y en otros sitios, con ramas y tablas rústicas; faroles de forja.

ch) *Fidelidad al espíritu de que impregnó a la finca el Maestro.*

Para comprender más acabadamente lo que la propiedad significó para González, recordemos la historia de su posesión, que tuvo por sobre todo una razón afectiva.

En esta finca, que se llamaba por entonces "La Carrera", visitaba González al minero inglés Treloar, con quien entabló una íntima amistad. Las relaciones fueron tan cordiales y tan bien parecía sentirse el visitante, que un día Treloar, a pesar de no ser rico, le dijo:

—"Todo esto es tuyo. Voy a escriturararlo a tu nombre..."

Por insistencia de González, la ofrecida donación se convirtió en venta, estipulada en \$ 25.000. La adquisición fue escriturada el 18 de noviembre de 1913, hace por estos tiempos unos cincuenta años, ante el escribano de Chilecito don Bartolomé Roldán.

De estos hechos se infiere que González, antes de poseer a Samay Huasi, ya se había encariñado con el lugar durante su viva amistad con Treloar. Cautivó su fino espíritu ese pequeño oasis recostado en la ladera del cerro San Miguel, que ponía una rompiente de piedra con la actividad pueblerina de Chilecito, al otro lado. Así quedaba aislado de todo lo que

CARNET DE VIAJE

era vida de relación y su vista podía extenderse por el valle que constituía el ambiente zumoso de "Mis Montañas".

La posesión de Samay Huasi no fue el goce de una esclava comprada caprichosamente en un momento, sino más bien la conquista nupcial después de un noviazgo largo de excitantes deseos.

Mucho había proyectado su imaginación durante las visitas a Treolar y se dispuso a replantar la finca totalmente. En ese mismo año de 1913, llamó a su lado a don Elías de la Vega, un riojano que sin ser agrónomo sabía lo que debía saber de las plantas y de los secretos de su tierra; uno de esos que adivinan la creciente del río muchas horas antes de que llegue la avalancha de agua barrosa y piedras, y de los que suelen olfatear en la brisa la lluvia que nace en el Velasco. Lo hizo administrador de la finca.

Aún vive don Elías. El testimonio vivo de su trato diario con el Maestro, nos permite gozar el regalo de una autenticidad de primer agua y nos interioriza de una rica gama de datos personales, profundamente humanos, de esos que la historia documental escrita no revela y se pierden irremisiblemente devorados por el tiempo.

Situado en la avenida de entrada, frente al pórtico de piedra, don Elías recuerda que cuando fue comprada en 1913, no existía portada, ni muro, ni siquiera una pirca rústica; sólo un alambrado.

Por él tenemos testimonio fehaciente de que mayormente no interesaba a González la producción de la huerta. De la entrevista que grabó en cinta magnetofónica el profesor Raúl Bongiorno, extraemos textualmente este diálogo, al que habrá que agregarle en la lectura el sabroso tono riojano de don Elías.

B — "Con respecto a los ejemplares que más quería el Dr. González, ¿él te-

nía preferencia por alguna cosa en especial de lo que se plantó allí?

E — "¿De lo que se plantó allí...?... ¡Cómo no!... A él lo primero que a él más le interesaba que todo, eran las rosas..."

B — "¿Las rosas?"

E — "Las rosas. Después lo demás... dice... Se podía secar cualquier planta menos los rosales. Eso es algo —me decía a mí, no sólo una vez— parte de mi vida.

B — "Una preferencia..."

E — "Una preferencia especial, sabe, que tenía. Por eso nosotros por aquel entonces que era escaso el agua, yo tenía que reagar primero los jardines, salga lo que salga.

B — "¿Primero los jardines?"

E — "Y luego, si sobraba, para lo demás.

B — "¿Es decir... que en realidad la explotación de la finca desde el punto de vista comercial... o lo que pudiera ser para producción, no le interesaba mayormente?"

E — "No le interesaba absolutamente nada. A él lo único que le interesaba era cuidar los jardines; y limpieza, mucha limpieza..."

Este testimonio es valiosísimo para dejar definitivamente sentado que no debe volverse a los tiempos de la explotación afanosa del predio, en menoscabo de la conservación de los espacios que fue disponiendo González para su solaz, y que sólo se debe aceptar como resarcimiento de los gastos de conservación el producto de la huerta extendida en el terreno sobrante, que también cultivaba él con singular placer.

Don Elías nos cuenta que en las horas de sol siempre trabajaba en sus plantíos; jamás lo vio con un libro, pues aprovechaba casi íntegramente la noche

CARNET DE VIAJE

para su trabajo intelectual, pero mejor dejémosle la palabra al viejo riojano:

E — “Sí, ese rosal es del tiempo de él. Es una parte que él ahí, cuando se levantaba a la mañana, ahí él tomaba el té en cualquiera de esas partes... y siempre estaba ahí él, era el lugar que él descansaba... Porque él, después de las 10, que estaba para arriba, ya a las 10 en adelante él se venía para ahí. Y en las noches se ponía a escribir, porque no dormía de noche.

B — “¡Ah! Esa es una cosa muy interesante... Diga algo de lo que Vd. veía con referencia a la actividad del Dr. González, como escritor en Samay Suasi.

E — “Vea. Yo al Dr. González lo he observado tantísimas veces... porque en aquel entonces el agua era muy escasa, sabe, y teníamos dos hombres que regaban siempre de noche, porque nos tocaba de noche la aguaidía. Pero yo andaba toda la noche, porque Vd. sabe que el regador se duerme cuando se le ocurre, ¿no? Mire, toda la noche escribía ahí en la piedad del dormitorio, ahí tenía una mesita y claro yo lo veía con la luz, escribiendo. Y un día de mañana él me llama adonde está tomando el té; y le digo: —“Doctor perdone, ¿qué no tiene sueño Vd. de noche?”. Y se sonríe y me dice: —“Yo padezco de insomnio y por eso trabajo, para no estar de vicio; trabajo hasta que amanece...”

B — “¿En qué momento él gustaba entretenerse con la tijera de podar?”

E — “El Dr. González era un verdadero obrero de Samay Huasi. Porque él podaba todo el día que tenía tiempo... El único momento que él dejaba era la siesta, sabe. Pero después

de las cuatro al Dr. González lo iba a hallar arriba, trabajando.

B — “Hacia el cerro siempre...”

E — “Sí. Lo que es la tijera y el rastrillo no lo dejaba nunca. Tenía un cinto y se ponía la tijera aquí; cuando la necesitaba la sacaba; y el rastrillito lo llevaba también...”

B — “¿De manera que él siempre estaba ocupado?”

E — “Él no tenía un momento, como otros que andan con los libros... No. Él, libros no tocaba nunca. Él lo que tenía era herramientas”.

Aunque he sobrepasado el espacio que me ofreció la Revista, no puedo dejar de incluir el pasaje donde don Elías explica, cómo González, con su talla minúscula y su aparente fragilidad corporal, talló el sendero que sube por el cerro San Miguel para poner en la cumbre la Bandera Nacional en los días patrios.

E — “Él viene una mañana y me dice: —‘¿Qué le parece, don Elías? Quiero hacer un camino hasta la cima del cerro, para colocar allí la bandera. Un palo bien plantao’. —Cómo no, doctor, si Vd. lo ordena así lo haremos. —‘No. Yo no le quiero decir eso —dice— Vd. no me comprende que yo quiero hacerlo, yo quiero hacer el camino’. Pero doctor —le digo— es muy feo... lleno de puquis... y en fin... que sólo las cabras suben... ‘Es que Vd. no sabe cómo yo voy a subir —dice—. Mañana voy a poner mano a la obra.’

Al día siguiente, temprano, cuando yo vuelvo de la quinta a media mañana a tomar el café, me dice la mucama: —‘¿Sabe que el doctor se fue antes que salga el sol para el cerro?’. Lo miro y ya estaba arriba. ¿Sabe cómo subió? Fue haciendo los escalones y subiendo. A medida que

CARNET DE VIAJE

hacía los escalones, subía... ¿Vd. sabe que se hizo más de 50 metros hasta las 11 con la azadita? Y llegó hasta la cima..."

González trabajaba hasta quedar exhausto y sus manos agotadas y heridas cumplían en Samay Huasi dos misiones que rara vez tientan a un mismo hombre: movían la piedra bajo el sol riojano y daban cauce a la fina expresión de espíritu bajo la lámpara nocturna.

En una carta escrita desde Samay Huasi a 30 de julio de 1917, hasta hoy inédita, dice a su hijo Julio V. González, entre otras cosas: "Cuiden que acompañen siempre a sus hermanos: todo lo que

hagan en este sentido es poco. Yo se los agradeceré de veras.

"Creo que ya no estaré mucho acá. Pienso irme el domingo, de manera que el martes estaré entre Vds.

"Dígale a las chicas que no les escribo porque a gatas puedo trazar estos renglones a causa de tener las manos hechas pedazos por las piedras, las espinas y las tijeras de podar; que apenas puedo sostener la pluma. A eso se debe la irregularidad de los caracteres de la letra que parecen de un ebrio o de un loco —y no soy ni una ni otra cosa.

"Aquí hace unos días de sol espléndido, y de calor a sudar a chorros cuando se trabaja como yo."